



A MIL VACACIONES
DE DISTANCIA

Juan Carlos Sampedro

A MIL VACACIONES
DE DISTANCIA



Primera edición: octubre 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Carlos Sampedro

© Foto de cubierta: Arturo Prins

ISBN: 978-84-18366-56-7

ISBN digital: 978-84-18366-58-1

Depósito legal: M-25025-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

1

A las siete de la mañana nos asomamos por la ventanilla del avión, y vimos que el aeropuerto estaba situado en un estercolero; el avión, maniobrando, sobrevoló una maraña de chabolas, y aterrizó enfilando una pista jalonada de envases de detergente y latas de Coca-Cola. Cuando el aparato se encaminó por la pista a la terminal, una pandilla de adolescentes y mocosos nos siguió, corriendo detrás de una valla: uno de los críos tropezó, se sacó algo de la nariz y volvió a correr de nuevo, siguiendo al avión. Cuando nos detuvimos en el *finger*, la bandada de muchachos agitó en el aire sus camisetas y polos sobre una montaña de neumáticos, como si fueran náufragos que íbamos a rescatar. Los gritos, los silbidos y los ojos sonrientes de aquella pandilla fue lo primero que vi al llegar a la lejana India.

En el aeropuerto, mi compañero compró dos botellas de *whisky*, y después nos dirigimos al control: el oficial de la aduana me preguntó por qué había ido a la India, y yo le dije que para aprender de su cultura y echar un vistazo; entonces selló mi pasaporte con una sonrisa tan llena

de gratitud que parecía haber entendido que había ido para patentar una vacuna contra el egoísmo en el mundo. Pero, después, yo mismo me hice la misma pregunta: ¿para qué había ido a un país del que solo sabía que a todo le echaban curry y que para ligar debía de saber algo de yoga? Resolví comprar una guía en el aeropuerto, entre otras cosas, porque caí en la cuenta de que no sabía redondamente nada de yoga, salvo que se practicaba sentado y en silencio. Al comprar la guía fui directo al apartado *Yoga, un poco de historia y posturas básicas*, y me informé de lo fundamental: el yoga era una antigua y compleja disciplina en la que había que relajarse en una postura difícil, respirar, apartar las preocupaciones de tu mente y no pensar en nada... sorprendentemente era lo que yo hacía, pero tirado en el sofá de mi casa. Concluí que sería un buen practicante de yoga.

A la salida de la terminal, un taxista nos llevó hasta un hotel que recomendaba la guía que había comprado y alquilamos una habitación regateando el precio; el sitio era tan barato como unos calcetines de Primark, pero, aun así, lo rebajamos un poquito más: recuerdo que pensé que íbamos a vivir como reyes por lo que en España valía un bocadillo de calamares. El conserje nos enseñó nuestra habitación en el segundo piso de un edificio algo destartado, pero espléndidamente alicatado de baldosas amarillas por dentro. La guía que había comprado en el aeropuerto mencionaba que ese color en India está asociado a la espiritualidad, por lo que ese hotel era como un *spa* para el alma. El hotel tenía, además, un patio interior

con plantas, y las habitaciones daban a ese patio como si fuera el pequeño claustro de un monasterio en medio de la ciudad; aquello nos enamoró, la única pega era que en los alrededores ni los conserjes del hotel ni la guía mencionaban alguna cosa turística que ver. Aun así, haciendo caso a la guía, elegimos mezclarnos con la población, y alejarnos del exotismo estereotipado del país.

La habitación 202 tenía dos camas y una mesita, las sábanas de la cama estaban amarillentas como el trigo, como si llevaran lavándose desde el comienzo de la humanidad, y hasta cierto punto nos pareció normal, porque miles de viajeros como nosotros habrían alquilado esa misma habitación antes, lógicamente por el precio, y, aunque las sábanas estaban raídas en las esquinas, estaban impecablemente estiradas. Acto seguido, probamos los colchones echándonos encima de ellos; sorprendentemente eran de muelles, y chirriaron hasta que la gravedad frenó nuestro salto en ellos. Luego volvieron al silencio del que los habíamos despertado.

Después echamos un vistazo al baño; no era recargado, el único lujo que tenía era una bombilla que pendía de un cable que salía del techo, y, en cuanto a los sanitarios, estaban constituidos por un lavabo y una taza de la década de los años sesenta, aunque un experto podría datarlos con anterioridad, pero parecían correctos. Al salir del baño vimos una cucaracha que se escabulló en una esquina, y el conserje nos aseguró que las dejaban allí para atrapar insectos como un método ecológico, según él. No se nos ocurrió preguntar qué insectos cazaban las

cucarachas, pero, si los cazaban, ¿cuáles serían? Decidimos que era mejor no pensarlo demasiado. Finalmente, comprobamos que todos los empleados del hotel nos sonreían sin parar y eso era agradable; además, la guía recomendaba insistentemente alejarse del lujo para integrarse con la realidad social, y, aunque no sabía si eso incluía hospedarse en *hoteluchos* de mala muerte, el caso es que no era el momento de amedrentarse por unas sábanas pajizas, unos colchones de muelles y un par de cucarachas: después de todo, eran ecológicas.

En cuanto nos quedamos solos en nuestra habitación nos quitamos el calzado, nos tiramos en las camas y enchufamos el aire acondicionado: decidimos descansar un par de horas y luego salir para comer. Al filo del mediodía dimos nuestro primer paseo por Bombay, y francamente nos impresionó; era realmente exótico, pero el aire no se podía respirar porque emanaba todo tipo de fritangas y el humo de miles de tubos de escape. Fue mala suerte que en esa parte de Bombay hubiera menos oxígeno, porque la ciudad allí hacia vaguada y el aire no conseguía renovarse bien; permanecía viciado hasta la noche, que disminuían considerablemente el número de motocarros en la calle. Otra cosa que nos impresionó es que no podíamos andar en línea recta sin esquivar miles de personas, motocarros, vendedores, niños, ancianos, vacas, perros y cuervos, y, por esa razón, nos metimos en el primer restaurante que encontramos; la sorpresa agradable fue que servían pollo frito en dos especialidades, picante y súper picante, justo como a nosotros nos gustaba.

De vuelta al hotel con un pollo picante cada uno en el estómago, decimos pasar la tarde al refugio de nuestra habitación, y abrir una de las botellas de *whisky* compradas en el aeropuerto; pero, al tirarnos en los camastros y encender el aire acondicionado, este ya no funcionó. Avisamos a conserjería, y respondieron que lo repararían enseguida, pero, al decírnoslo, el transformador reventó. Ya me parecía a mí que todo estaba saliendo muy bien... la mala suerte quiso que hiciera más de treinta grados y que estuviéramos hinchados de pollo picante, así que no tuvimos más remedio que salir de nuestra habitación alcatada, o hubiéramos perecido asfixiados. Vimos a unos ingleses instalarse entre las macetas del patio en la planta baja, luego bajaron dos chicas sonrientes, una rubia y la otra morena, resultando españolas; entonces decidimos bajar con la botella del aeropuerto, al fin y al cabo, en el patio corría el aire de los tubos de escape, y estaban las chicas, no nos podíamos amargar el primer día de nuestras vacaciones.

Los ingleses eran tímidos y nosotros no dejábamos de sonreír y mirar a las chicas: me acerqué a la más alta, aunque era demasiado alta para mí, porque la más baja tenía un tic en los ojos que me ponía nervioso. Traté de empezar una conversación y se me ocurrió preguntarles cómo se llamaban y para qué habían venido a la India. Para nuestra sorpresa, la alta empezó a soltarnos todo el rollo de que habían decidido, por un examen de conciencia, venir a la India, entonces, viendo que se iban a enrollar, mi compañero se marchó a buscar vasos, hielo y soda.

Cuando la chica alta acabó su historia nos enteramos de que eran estudiantes de arquitectura que ayudaban los fines de semana en un hospital; luego, en el hospital habían decidido viajar a la India porque un profesor de budismo al que atendían había muerto en el rellano de la escalera de un infarto, y ellas solo pudieron sujetarle para que no se matara al caer por ellas (de todas formas iba a palmar aunque no cayera por las escaleras, ¿no?). El caso es que prometieron al profesor de budismo, antes de morir, venir a la India a examinar sus conciencias.

Mi compañero rellenó los vasos con *whisky* y les dijo para tranquilizarlas que un amigo nuestro (¿quién?) también había palmado de forma inexplicable, y que habíamos venido a la India por él; eso las animó porque se sintieron comprendidas, y también porque el *whisky* limpiaba conciencias a fondo.

Desde luego eran buenas chicas: cuando acabaron de contar lo del profesor de budismo que palmó en el rellano de las escaleras, se soltaron más y ya no pararon de beber, de fumar y de reír. Y nosotros no dejábamos de decirles lo buenas que estaban, no, que eran, que eran por ayudar a la gente y cumplir sus promesas. Un poco más tarde liquidamos la botella y mandamos a un indio traer otra botella, más hielo y dos cajetillas de tabaco.

No sé muy bien qué hizo mi compañero con la alta, pero yo con la bajita me atrincheré detrás de una maceta. No era rubia como su amiga, ni alta, pero llevaba una camiseta de tirantes a la que se le caía siempre el mismo tirante. Como no la miraba directamente me preguntó por

qué miraba todo el tiempo su boca o sus hombros. Le dije que quería besarla, desde luego estaba borracho para decir eso, pero cuando se lo dije desapareció el tic de sus ojos y aproveché para mirarla sin sufrir de los nervios, me pareció muy guapa mientras no hiciera intermitencias con los ojos, y, sabiendo que aquello no duraría para siempre, la besé resbalando en sus labios. Al momento me lleve un bofetón, pero almohadillado y alcohólico entre las macetas, mientras ella se tambaleó y cayó encima de mí sin el otro tirante.

Al día siguiente, Andrea y Verónica (creo que se llamaban así) se marcharon con una resaca del quince a ayudar en una escuela de niños sin hogar.

Nos quedamos cuatro días más en Bombay. Todo fue bien; conocíamos gente por las noches porque el transformador reventaba por las tardes, y los inquilinos bajaban al patio, donde nosotros ya les esperábamos con los vasos, el *whisky* y la soda. Pero, de seguir así, íbamos a dejarnos la salud en el patio del hotel entre el alcohol, las chicas y el aire de los tubos de escape. Aunque lo peor llegaba al amanecer, cuando el sol lanzaba su primer rayo de luz, que se volvía negro en la atmosfera de Bombay, ya que, a punto de dormir la mona, un millón de vendedores ambulantes comenzaban a vender sus baratijas a voz en grito, dos millones de conductores arrancaban sus motocarros, otro millón comenzaba a fregar la cacharrería de sus casas, y, al hilo, medio millón de indios evacuaba sus tripas en una sinfonía de trompetas gastrointestinales.

Resolvimos abandonar Bombay y el hotel después de cinco días sin pegar ojo. Mi compañero no paraba de decirme que habíamos ido en busca de tranquilidad y a conocer una cultura distinta, y no a emborracharnos con media Europa. Salimos un día por la mañana con una buena cogorza, porque, si nos quedábamos hasta la tarde, cualquier turista con una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos nos podía liar, así que yo me limité a seguir a mi compañero, tratando de recordar el nombre de la chica de la noche anterior con la que había hablado de... ¿de qué había hablado? ¡Cielos!, no lo recordaba, estaba empezando a llegar a los niveles de *Living las Vegas*, solo que en Bombay, y no solo yo, también mi compañero.

Aquel día por la mañana, sin demora, mi compañero vació en una petaca lo que había sobrado de una de las botellas del patio, cerramos las mochilas, pagamos y cogimos un motocarro a la estación de autobuses más cercana.

Por lo visto, era un lugar que no estaba muy lejos de allí. En el trayecto tratamos de dormir, pero fue imposible: los bocinazos de los motocarros eran como martillazos en el cerebro. Llegamos a la estación, nos bajamos y entramos en un hangar hecho con tapas de latas de conserva; calculé que había al menos doscientos autocares. Nos dijeron que desde allí se podía ir a cualquier lugar del continente, aunque la mitad de los autobuses estaban averiados, por lo que preguntamos al vendedor de bille-

tes si quedaba alguno que fuera a un pueblecito tranquilo al norte. Nos dijo que estábamos de suerte, porque todos los que funcionaban iban a pueblos tranquilos al norte (creo que si hubiéramos preguntado si alguno iba al sur también nos hubiera dicho que todos iban allí).

Pagamos un billete para el primer autobús que saliera, y nos metimos en uno con destino a Dediapada, supuestamente un lugar tranquilo al norte, apretándonos con cien indios vestidos de blanco. Al entrar al autobús nos dio la impresión de que íbamos a una fiesta de las que celebran las *celebrities* en una playa de Ibiza, pero resultó que los indios cargaban un fiambre a un pueblo de camino a Dediapada, y por eso vestían de blanco, ya que el blanco es el color de los funerales allí. El fiambre iba en el maletero muy bien envuelto, y ya nada peor le podía pasar, así es que el autobús arrancó con el amigo dentro.

En Dediapada encontramos una casa de huéspedes regentada por un italiano practicante de yoga. Salía de un agujero dos veces al día, donde meditaba, pero solo estaba en el exterior quince minutos para hacer sus cosas y para regentar la casa de huéspedes, así que dispondríamos del lugar a nuestro antojo. Alquilamos una habitación sin dudarle; las cucarachas no eran más de tres por habitación y eran pequeñas, casi eran pulgas comparadas con las de Bombay, además, el lugar era tranquilo, y estaba rodeado de unas bonitas colinas. Fue una lástima que al poco descubriéramos algunos inconvenientes, como racimos de nubes de mosquitos, montañas de hor-

migas, y que en ningún lugar hicieran café porque allí se bebía *chai*: té con leche. Bueno, no era perfecto, nada lo es, aun así, no tener café era un serio inconveniente que esperaba aguantar.

En una farmacia-locutorio-enfermería nos vendieron repelente para mosquitos, repelente para hormigas y repelente para repeler el repelente; lo echamos todo en la habitación y casi nos intoxicamos. Untados hasta la frente de repelente decidimos dar una vuelta para reconocer los alrededores. Había varios templos en ruinas, y en ellos nos hicimos unas fotos con unos pastores, pero volvimos llenos de ronchones por los mosquitos después de tanta friega; un belga nos aclaró que nos habían timado con el repelente, y que lo mejor era extenderse una capa de petróleo: «petróleo», dijo, como si viajáramos con un bidón lleno de gasolina a todos lados. Esa noche al menos cogimos el sueño, un poco tarde, ya que no parábamos de toser porque nuestro cuarto parecía un laboratorio de plagas, pero una vez que cogí el sueño recé porque nada me despertara como en la pesadilla de Bombay. Al amanecer solo escuché el mugido de las vacas, y creo que aun así solo estaban en un sueño... bendito descanso.

Cuando desperté, estaba *grogui*. Echaba de menos el café, ¿qué trabajo les costaba traer un poco para los turistas? Me desperecé y salí a caminar. La fortuna, no podía ser otra, quiso que en una callecita oliera el inconfundible aroma del café en un corral, ¿sería posible? ¡Sí!, tenían una bombona y un tarro lleno de café.

El corral era de una familia que había albergado a un inglés, y el inglés se había marchado dejando el tarro con el café; «bendito tesoro», pensé. La familia ya había empezado a aficionarse, y antes de que se lo pulieran arreglé con el padre por veinte rupias que me reservara dos tazas todos los días. El café era un poco correoso porque había que tener en cuenta que el señor lo filtraba con uno de sus calcetines (no quise averiguar si era uno de los que se ponía), pero habíamos ido por eso mismo, me lo decía mi compañero constantemente: para admirar la sencillez de aquellas gentes.

Después de negociar con el padre de familia la reserva de café, me tomé la primera taza allí mismo, aprovechando que no le vi quitarse ninguno de los calcetines que llevaba puesto en ese momento. Pensé, además, que no había peligro porque el café estaba hecho con agua hervida; el caso es que me espabiló bastante y me fui a dar una vuelta mientras mi compañero seguía durmiendo en la casa de huéspedes.

Con el nivel óptimo de cafeína subí hasta uno de los muchos templos en ruinas que tenía Dediapada. Entré y crucé un recinto sagrado que conservaba una estatua de Hanuman, nada menos que el dios mono, del que se hablaba muchísimo en la guía que tenía; la pena era que a la estatua le faltaba parte de la cola, y fastidiaba verle sin su largo rabo.

A pesar de todo, me detuve un momento delante del dios mono y pensé en las historias que se habían escrito de él, de las cuales había un extracto en mi guía. Por un

momento, imaginé que aquellas leyendas podrían ayudarme a resolver mis líos, pero no supe muy bien cómo; y es que Hanuman tenía poderes, y también ese rabo, que le hacía caer tan simpático a todos. Después, continué por un caminito hasta llegar a un puente roto, ¿sería aquello una metáfora de algo? La pregunta no tenía sentido, lo sé, pero es que muchas cosas en Dediapada, por extraño que parezca, te hacían pensar así, de manera reflexiva; quizá porque era un lugar santo y todo eso, pero la verdad es que era agotador vivir rodeado de metáforas que te hacían pensar. Iba a tener que plantearme los paseos solitarios: además de no ver a ninguna turista, como me decía mi compañero que encontraría, «rusas, sobre todo rusas, verás que hay algunas dando vueltas entre las ruinas». Si hubiera querido conocer rusas debería de haber ido a San Petersburgo y no al culo de la India, pero ya estaba hecho.

De vuelta, al llegar a la casa de huéspedes, encontré a mi compañero instalado en la terraza del segundo piso, mientras el italiano estaba bajo tierra meditando.

Mi amigo ya estaba fumando y bebiendo de la petaca, me senté con él estirando las piernas en la barandilla; toda la casa de huéspedes era para nosotros, y todo el paisaje que se podía ver también. Encendí un pitillo, y luego di un trago viendo a los monos en el tejado y más allá las colinas: fue un momento maravilloso. Pensé en lo bonito que hubiera sido encontrarme con una turista delante de la estatua de Hanuman, y en preguntarle qué le había llevado a la India.

Ese mismo día, entre la tarde y la noche, el italiano salió de su agujero para instalar a un hombre larguirucho en una de las habitaciones. Era un tipo reservado, pero lo primero que pensé fue que compartiríamos nuestro pequeño reino de huéspedes a partes iguales: alemanas para él, noruegas para nosotros, cuando llegasen, claro; tarde o temprano bajarían del autobús, y yo ya había pensado en cómo conseguir soda y cubitos de hielo. Pero para mi sorpresa no volví a ver salir al tipo de su habitación, ni mucho menos me imaginé que él sería el causante de que desaparecieran nuestras vacaciones para ingresar en una pesadilla. No tengo más remedio que contar cómo ese tipo alto, con un pantalón de lino, con una libreta y unas gafas sujetas con celofán, nos encontró en el único lugar que daban de cenar peleándose con las hormigas. Por otro lado, puede que fuera natural que se produjera el encuentro, pero, ¿por qué nos eligió a nosotros, precisamente a nosotros, cuando la terracita estaba llena?

Como decía, ocurrió que nos vio: simplemente parecía que nos había reconocido de la casa de huéspedes. Nos saludó levantando una mano, se acercó y nos ofreció un cigarrillo. Al coger el pitillo se sentó y nos puso un encendedor llameando en la boca; bien, estaba bien, ¿qué íbamos a pensar? Pues un tío educado.

Se presentó, se llamaba Jenkins Holeasen o algo así, y era holandés. Le observé un poco mejor, debía de tener unos cincuenta y algo, ojos azules, pelo blanco, tez morena por el sol, todo normal. Nos contó que llevaba poco en la India, pero parecía que venía de recorrerse medio

estado del Rajastán, arrastrándose porque estaba lleno de mugre y desnutrido. Pero también eso era normal, había mucho loco suelto de Europa buscando nuevas experiencias, y más en esa época: a saber dónde había estado él metido.

El camarero cogió la nota. Solo servían samosas, todo el año samosas, no sé para qué vino, pero apuntó en la libreta *samosas* y luego trajo samosas. Al irse, Holeasen o como fuera, nos advirtió de que no podría quedarse a cenar porque su tiempo era limitado, «muy limitado» (menos mal), palabras de él. Mi compañero y yo no le preguntamos la razón, y entonces sacó del bolsillo de su chaqueta un sobre doblado y lo puso encima de la mesa.

—I leave my life in your hands —dijo en perfecto inglés: «dejo mi vida en vuestras manos».

Menuda cara de estúpidos se nos quedó.

El sobre contenía una carta para su hija Helga, en Alemania, con instrucciones que ella debía de seguir al pie de la letra. No sabíamos si tratábamos con un chiflado o qué, pero tampoco encontramos la manera de despedirle. Empujó el sobre hasta el lado de la mesa en que nos encontrábamos, lo miramos: Helga Holeasen tal y tal, numero tal de la calle tal, Germany.

Llegaron las samosas, el holandés concentró su mirada un poco ida en el plato, y no nos atrevíamos a pinchar ninguna. El holandés le dio la vuelta al plato para que pudiéramos ver lo que él supuestamente estaba viendo: nada menos que la primera inicial del nombre de Helga, una «h» entre las croquetas fritas, o lo que fueran, pero

aquellas croquetas habían caído en el plato formando una «h». El holandés apagó una vela que decoraba la mesa con los dedos, nos iluminaron las llamas de las otras mesas y lo juro, juro que el rostro del holandés me pareció el de un loco de verdad que en un sueño nos hablaba; pero aquello no era un sueño, ni mucho menos, ¡eran nuestras vacaciones, que habían llegado a su final!

Empezó a hablar con una voz profunda y arrastrada, y no podíamos dejar de prestarle atención, sobre todo cuando sus ojos azules y extraviados te hipnotizaban: su vida había llegado a su final, nos dijo, pero la de su hija no, y por eso nos encargaba que la entregáramos «en mano»; en mano, como si fuéramos los correos del zar, el sobre de la mesa, que leyera la carta delante de nosotros y que nos aseguráramos de que cogía un avión en dirección a la India.

—*For God's sake!* —dijo el holandés (¡por lo que más quisiéramos!). «Sí, chifladura total», pensé yo.

Continuó contándonos que él lo había intentado con otra carta, pero sin resultado. Finalmente nos dijo que el resto estaba escrito en otra cartita dentro de un sobrecito que también llevaba el sobre. Si hacíamos exactamente eso por él, podíamos estar seguros de que nuestras vidas «no se torcerían», al menos eso creo que era la traducción de *«your lives will not twist»*. Lamentaba todas las incomodidades que nos podía ocasionar la misión (desde luego, era educado), pero la razón de que nos hubiera elegido a nosotros estaba más allá de nuestra comprensión (¿qué comprensión?). Entonces,

dejando en la mesa veinte dólares, desapareció. Así, como lo cuento.

Simplemente alucinamos; dejamos el sobre y nos pusimos a zampar samosas, porque algo en el estómago nos vendría muy bien para después beber y fumar, y, si salía, analizar lo del holandés, pero vamos, era una locura, estaba sobradamente claro.

De vuelta a la casa de huéspedes no había rastro de él, y eso era un fastidio, porque habíamos decidido devolverle el sobre, el encargo o lo que fuera, pero, al no encontrarle, tuvimos que decidir si tirar o conservar el sobre: a Alemania no íbamos a ir. Entonces lo tiramos, pero antes lo abrimos; después de todo, sería un loco al que nunca más volveríamos a ver. Nada nos hacía sospechar el abismo que nos esperaba.

La carta manuscrita se dirigía a la tal Helga. También había una foto de él con una chica, supusimos que sería ella, la hija. En fin, de ser Helga era una chica guapa, la verdad es que no estaba nada mal: melena rubia, veinticinco o veintisiete años, figura estilizada, piernas largas y con los ojos (nos pegamos a la foto) parecían violetas... sí, violetas, muy bonitos también. La foto se la quedó mi compañero como marcapáginas; le recordé que no se había llevado ningún libro al viaje, y me respondió que sería para cuando se comprara uno a la vuelta. Bueno, si era para eso, no le puse pegas. La verdad es que la chica era muy mona, pero no se parecía mucho al holandés, más bien parecía que el holandés se

había hecho una foto con una chica guapa en un parque de atracciones.

En la carta, pues bueno, no estábamos preparados para aquello. Recuerdo la primera línea como si fuera la de un verso; en inglés decía «*Helga my love, my life will end soon, do not delay to come, I'll do what I said. Daddy loves you*». Casi me hizo pensar en la letra de una canción: «Helga, cariño, mi vida va a acabar pronto, no tardes en venir, voy a hacer lo que te dije. Papi te quiere. Helga cariño, no tardes en venir...» Me la aprendí enseguida, porque seguro que la podía utilizar en un *email*, o incluso por teléfono con alguna chica, con una voz profunda como la del holandés: «cariño, tengo poco tiempo, no tardes en venir, voy a hacer lo que te dije... te voy a hacer el amor en cuanto llegues...». *For God's sake!*

¿Qué íbamos hacer? Luego la carta continuaba pidiendo disculpas por no sé qué de una ausencia, por no haberle dedicado atención, que había hecho un descubrimiento y que no podía retrasar el averiguar más. El sobrecito que estaba a su vez dentro del primer sobre tenía dentro una cuartilla con teléfonos y direcciones de la India (eso supusimos), contactos para cuando la chica de la foto llegara, y además cosas absurdas que debía de comprar antes de ir a un lugar remoto llamado Som gu topa. El holandés le pedía a su hija, supuesta hija, conseguir un juego de lámparas, (¿lámparas?) y una pala Catia y cosas así, prácticamente era material para excavar, ¿caso el holandés iba a acabar con su vida? ¿Y qué era lo que iba a hacer? ¡Madre mía! ¿Por qué debería de ir la mucha-

cha hasta allí, a Somgu lo que sea, a enterrarle? Lo pensé por lo de la pala.

Entonces, ¿era un desequilibrado o no? Fuimos a hablar con el italiano, le tuvimos que sacar de su agujero y explicarle aquello. Nos informó que había visto al holandés antes, que erraba de aquí para allá, pero que a él nunca le había dado nada, salvo lástima. ¿Qué diré?, que a mí también me la dio.

Por lo que escuchamos, el holandés estaba perdido, pero en su cabeza. Mi compañero volvió a meter las cartas en los respectivos sobres y lo lanzó todo por la ventana. Sacamos la petaca. Quedaba un poco de *whisky* calentorro, pero sería peor que no quedara nada. Bebimos y luego fumamos. Por curiosidad, me asomé para ver dónde había caído la carta: había ido a parar al patio de al lado, un chucho apareció y se la llevó, puede que creyendo que fuera algo comestible, y de pronto sentí un escalofrío. Me acordé de las palabras del holandés, que decían que el futuro se volvería no sé qué de no llevar el sobre. Miré a mi compañero, que le daba golpes a la petaca para sacar la última gota, ¿acaso nos habíamos reído del destino? Y, ¿desde cuándo creía yo en él? ¿Quizá desde que uno se da cuenta que lo ha tenido en sus manos y lo ha tirado?

Rafa, mi compañero, extrajo la última gotita de *whisky* de la petaca echado en el suelo. Como sea, en poco tiempo me encontraba a punto de dormir con una frase que había escuchado a Rafa matando mosquitos, con la petaca como si fuera una raqueta: «Descansa, mañana

viajaremos a Munar, verás que es un paraíso». De sobra sabía que no lo era, pero crérmelo me ayudó a olvidar que nadie en ninguna parte había encontrado nunca uno. Puede que, hasta el holandés, a su manera, solo intentara escapar del infierno en que se había convertido el mundo entero.